

C O N F E R E N C I A

de

DON MARCIAL SOLANA Y GONZÁLEZ CAMINO.

Centro de Estudios Montañeses

Santander.





## C O N F E R E N C I A

Conocidísima es, en la historia de los linajes montañeses, la muerte gloriosa de Sancho Ortiz Calderón, Comendador de la Orden de Santiago y guerrero contra los sarracenos en el siglo XIII. Son muchos los historiadores que, con más o menos detalles, hablan de este suceso: Lope García de Salazar, en el folio XXXIII de su obra Las bienandanzas e fortunas según el código que conserva la Real Academia de la Historia, reproducido por D. Maximiliano Camarón y editado en Madrid en 1884; Gonzálo Argote de Molina, en el Cap. VIII del Libro I de su Nobleza de Andalucía; el Dr. D. Pedro Salazar de Mendoza, en el Cap. IV del Lib. II de su tratado sobre el Origen de las dignidades seglares de Castilla y León; D. Atanasio de Ayala, en el Cap. VII de la Crónica de la Casa de Ayala; etc., etc.

Sancho Ortiz Calderón fué hijo de Fortún Ortiz Calderón, rico hombre de Castilla que se halló, con San Fernando, en la conquista de Baeza; casó Sancho Ortiz Calderón con D<sup>a</sup> Maria de Zarnudio; y fundó la casa montañesa de Calderón de la Barca, en el lugar de Viveda.

Siguiendo a la Crónica de la Casa de Ayala, escrita, como antes dije, por D. Atanasio de Ayala, narra la muerte de Sancho Ortiz Calderón con estas palabras el libro intitulado Descripción, Armas, Origen y descendencia de la muy noble y antigua casa de Calderón de la Barca, libro compuesto por el Rmo. P. Maestro Fray Felipe de la Gándara de la Orden de San Agustín; añadido y enmendado por el Rmo. P. Maestro Fr. José Río, General de la Orden de San Benito; e impreso en Madrid en 1753, a lo que parece por la fecha de la tasa, pues la portada no expresa el año de la impresión: "Don Sancho Ortiz Calderón, Comendador de Santiago, que se halló en servicio del Rey Don Alonso el Sabio en las guerras que tuvo contra Gibraltar, a donde fué preso por los Moros, y viendo los Moros el



valor y ánimo de este Caballero, no le quisieron matar, antes le llevaron ante el Rey Alguazen de Marruecos, y viendo el esfuerzo y valentía de este Caballero, y sabiendo que era Comendador Mayor de Castilla, y de quien el Rey Don Alfonso hacía mucha cuenta y caudal, le rogó por muchas palabras que se tornase Moro y tomase su Ley y dejase la de los cristianos, que le haría muchas mercedes y le haría Señor de muy grandes vasallos. Este caballero respondió que él no haría tal cosa como él se lo rogaba, porque era mejor la Fe de los cristianos que no la suya. El Rey Moro enojado de esto y de otras razones que le dijo este Caballero le tornó a rogar que se tornase a su Ley y si no que le haría grandes justicias. Este Caballero dijo que hiciese de él cuanto quisiese, que no haría lo que le rogaba: pues mi Dios por mí murió, y yo quiero morir por El y por su santa Fe. Y visto por el Rey Moro que por alagos ni amenazas ni buenas palabras, ni decirle que le haría grandes mercedes no le bastaba a que el Caballero cristiano se tornase Moro y dejase la Fe de Cristo, le tuvo mucho tiempo preso: a las veces le hacía tratar bien y a las veces mal, hasta que le dió muy cruda muerte, teniéndose siempre este caballero firme en la Santa Fe Católica, murió martirizado, dejando perpetua fama a sus descendientes ganando la eterna gloria, pues quiso morir antes que dejar la Santa Fe Católica".

Dicen los mismos autores, los P.P. Gándara y Ríco que en memoria de esta gloriosa muerte de Sancho Ortíz Calderón se añadió al escudo primitivo de este linaje, que era un cuartel de plata con cinco calderas, y orla de gules cargada de ocho aspas de oro, otro cuartel: "un castillo con un brazo armado de una espada y una inscripción que dice: Por la Fe moriré".



No cabe duda que se ha repetido puntualmente este martirio de Sancho Ortíz Calderón en muchos de los españoles que bajo la tiranía marxista o en lucha caballeresca contra las hordas de los enemigos de Dios, han muerto diciendo, no ya con la palabra, sino con la sangre y con la vida: **Por la Fe moriré.**

También nuestro Centro de Estudios Montañeses cuenta algunos de sus miembros entre los mártires insignes de la Fe cristiana y de la Causa de España. Justo es, pues, que al reanudar hoy las tareas y los estudios propios de nuestro organismo dediquemos ~~mas~~ palabras a enaltecer la memoria de nuestros héroes.

Por muchos motivos debemos comenzar hablando antes que de ninguno de

Francisco González Camino y Aguirre,

Fué uno de los iniciadores de la idea de fundar el Centro de Estudios Montañeses; trabajó como nadie para que este proyecto se convirtiera en realidad; se encargó de dirigir la sección de historia moderna; dió a conocer lo que había de ser nuestro organismo en una memorable conferencia que pronunció el 20 de Enero de 1934 en el Ateneo popular de Santander: escribió más que nadie en nuestra revista Altamira; organizó, como representante del Centro los actos que tuvieron lugar el 26 de Agosto de 1935 en Vega de Carriedo en honor del Fénix de los Ingenios... y, no contento con trabajar él, nos estimulaba a los demás para el trabajo, empleando medios dulces y persuasivos, que conseguían el fin que con ellos él se proponía y que por añadidura, arrastraban hacia él nuestro efecto, haciendo que todos nosotros le quisiéramos, no ya como a un amigo sino como a verdadero hermano.

Nacido en Santander y de linaje netamente montañés, Francisco González Camino y Aguirre, vivió siempre en la Montaña, salvo las épocas en que, por razón de sus estudios, residió en Vizcaya y en Francia, o por sus deberes militares defendió valerosísimamente la soberanía de España en Marruecos, en la campaña de 1921, siendo condecorado con cruces y medallas militares. Más aún: Francisco González Camino, fué montañés



por afecto reflexivo. Conoció el ser íntimo del espíritu de la Montaña; estudió la personalidad de nuestra región; investigó su historia, llegando a conocerla como pocos; y se entusiasmó con lo genuinamente montañoso, amando a la Montaña con la sinceridad y la pasión con que pocos hombres la han amado.

Probó Camino la verdad de este afecto de muchas maneras. Yo solamente voy a fijarme en dos de esas demostraciones del sano montañesismo.

Cuando en 1931, amenazadora y pujante la revolución anunciaba su propósito de derrocar lo que aún quedaba de católico y español en nuestras instituciones políticas y sociales, para instaurar en cambio, un régimen perseguido de Dios y de la Santa Iglesia, Francisco González Camino, fué al Ayuntamiento de Santander como concejal monárquico: y, frente a los republicanos y socialistas que entonces dominaban con todos los resortes del poder en las manos, él se presentó como defensor de los ideales más opuestos a la política que entonces imperaba, los más conformes también con su criterio de español entusiasta del pasado glorioso, los principios de la Comunión Tradicionalista; y siempre que las circunstancias lo pidieron, estuvo estos principios frente a la fiera roja. Ejemplo, por no citar más que uno, la valiente defensa que hizo de la Compañía de Jesús precisamente cuando la República trataba de disolverla.

La segunda manera con que Francisco González Camino probó su sincero afecto a la Montaña fué la perseverancia y el interés con que se dedicó a estudiar nuestro pasado y a darle a conocer a los demás.

Pocas personas ha habido en estos últimos años que conocieran la historia de la Montaña con la perfección con que la conoció Camino. Nuestros archivos y bibliotecas ~~que~~ fueron investigados por él con el interés mayor posible. Yo, que muchas veces le acompañé en estas investigaciones, puedo dar fe de ello; y también puedo añadir que entre los ratos más fe-



lices de la vida de Camino se cuentan los que invirtió estudiando nuestras fuentes históricas. Por toda esta labor logró adquirir tal conocimiento de la bibliografía de la historia montañesa que, a mi juicio, ninguno de nuestros contemporáneos le ha aventajado en este punto.

Respecto a los muchos trabajos de historia montañesa que escribió y publicó Francisco González Camino me parece que no es necesario hablar en esta ocasión, porque, Dios mediante, se recogerán y editarán reunidos todos esos estudios: y entonces será el momento oportuno para examinarlos y juzgar su mérito.

Sin embargo, debo decir dos palabras, siquiera, respecto al trabajo que Camino intituló Las juntas de Puente San Miguel de 1779 a 1815; por que fué el último estudio que redactó, y porque cuando murió su autor estaba componiéndose para el primer número correspondiente al año 1936 de la revista del Centro de Estudios Montañeses, Altamira. Púedese presentar este trabajo como un modelo en la publicación de documentos históricos; por el acierto con que se escogen los trozos de las actas de las juntas de los nueve valles de las Asturias de Santillana para dar a conocer exactamente el sentido auténtico de los acuerdos adoptados y de la vida social de nuestra región en aquella época; y, sobre todo, por la justeza y el acierto que brilla en la Introducción que precede al texto de los acuerdos y por la enorme erudición que resplandece en las notas que ilustran los pasajes de los acuerdos que requieren explicación. Son muchas de estas notas verdaderas monografías en miniatura sobre personas y cosas atinentes a la Montaña.

Si en su vida Francisco González Camino demostró que en verdad conoció y amó a la Montaña, con su muerte supo honrar y enaltecer a la Patria chica. Preso por los rojos vizcainos en la Cárcel de Larrínaga de Bilbao, cuando el 4 de Enero de 1937 las hordas revolucionarias, irritadas por el bombardeo aéreo que acababa de sufrir la capital de Vizcaya, irrumpieron la cárcel y llegaron a la enfermería, donde se hallaba Camino, este se adelantó; y, con gesto magnánimo de hidalgo cristiano, ofre-



ció su vida a las turbas para que respetaran la de los otros, prisioneros, y murió para salvar a los demás, con aquella muerte heroica que tuvo presente quien por vez primera aplicó a varios linajes montañeses el mote heráldico que dice: un buen morir honra a toda una vida.

Otro de nuestros héroes que hoy debemos recordar es:

Antonio de la Madrid y Vázquez de Alcaña.

No nació en la Montaña, sino en Guadalajara; pero sí tuvo por su primer apellido, ascendencia montañesa, del valle de Palaciones según recuerdo habérselo oído varias veces .

De familia militar, como hijo de D. Ramiro de la Madrid, brigadier del arma de Ingenieros, y sobrino del General Duque de Ahumada, organizador de la Guardia Civil. Antonio de la Madrid sintió verdadera vocación por la carrera de las armas y perteneció a la sin par infantería española. Como oficial peleó valerosamente en Marruecos, siendo herido en la campaña y recibiendo como premio de los servicios que prestó en Yeddes Xinder la Cruz de primera clase del Mérito Militar.

Casó el Capitán Antonio de la Madrid con una dama montañesa, D<sup>a</sup> María Mesones, y se instaló en nuestra tierra, por la que llegó a sentir verdadero afecto. Prueba de este fué el interés con que investigó en nuestra historia. Fruto de estas actividades históricas de la Madrid fueron varias conferencias y estudios.

En el Ateneo de Santander pronunció una conferencia sobre las campañas del General Pezuela en el Perú.

A nuestra revista Altamira destinó dos artículos muy valiosos. Uno que apareció en el número 2<sup>o</sup> del año 1935, le intituló Montañeses en Flandes; y otro, rotulado Montañeses en Portugal, iba a aparecer en el número que estaba imprimiéndose en 1936 al estallar el glorioso alzamiento anticomunista, y por esto, no ha visto aún la luz pública.

Ambos estudios están escritos recogiendo, con mucho esmero, cuantas noticias pudo allegar su Autor de las fuentes históricas que enumera al



comienzo de ambos trabajos. Estos no agotan la materia; pero abren el camino en su tema respecto al cual no se había hecho nada.

Respecto al Centro de Estudios Montañeses, fué la Madrid, no sólo miembro activo y entusiasta, sino que desempeñó, desde los primeros meses del año 1936, la Secretaría de la Junta de Trabajo de modo verdaderamente ejemplar.

Antonio de la Madrid fué hombre de concepciones arraigadas, que profesó siempre a cara descubierta: Católico sincero; monárquico decidido e identificado con la Comunión tradicionalista, a la que perteneció de corazón; y militar valeroso que sintió por el ejército y las armas entusiasmo y fervor.

Por todo esto, al caer sobre España la enorme calamidad de la segunda república, la Madrid se retiró del ejército en virtud de la llamada ley de Azaña; y, sin trabas que se lo impidieran, dedicó toda su actividad a combatir por Dios y por España contra la República y el socialismo.

En Octubre de 1934 intervino eficazísimamente en la represión del movimiento revolucionario en nuestra Provincia; y más tarde cooperó en cuanto pudo a la preparación del Alzamiento Nacional. Este halló a la Madrid en Arenas de Iguña, donde, el 23 de Julio de 1936, fué detenido por los rojos y conducido a presencia de los cabecillas de Santander. Ante estos manifestó valientemente que estaba tan identificado con la causa de la Religión y de la Patria que, en cuanto le fuera posible, pensaba unirse a las tropas nacionales. Fué encarcelado en el vapor Alfonso Pérez y en este encierro permaneció, sufriendo lo indecible, aunque sin decaimiento de ánimo, hasta que, el 27 de Diciembre de 1936, los rojos asaltaron el barco susodicho. Oyó como los criminales llamaban a los militares; y, consciente de lo que le aguardaba, pero sin vacilar un instante, se presentó el primero, y subió por la escala, y llegó a la cubierta del barco. Allí vió a los malvados que iban a darle muerte; y dirigiéndose al que se disponía a disparar sobre él le dijo: ?Cómo a-



sesinais, de frente o por la espalda ? ¡ Que Dios os perdona, como yo os perdono ! ¡ Viva España ! Y murió, con todo el valor y gallardía con que pudieran morir quienes dieron ocasión a que varios linajes adoptaran el mote heráldico que dice: ¡ Osar morir, dar la vida ! .

A otro buen montañés hemos de recordar en esta ocasión: Don Pedro Santiago Camporredondo, Canónigo Lectoral de Santander.

Ciertamente no murió asesinado por criminales rojos, como Camino y la Madrid, sino de muerte natural, acelerada tal vez, por el efecto que en su salud produjeron los peligros que en la época marxista corría en nuestra tierra cualquier sacerdote; riesgos que hicieron a Don Pedro refugiarse primero en el Asilo de San Cándido de Cajo, luego en la Casa Salud de Valdecilla y marchar después a Bilbao, donde falleció.

El Sr. Santiago Camporredondo fué varón sumamente benemérito para la Montaña: como profesor, en el Seminario Conciliar de Corbán; como predicador, en los púlpitos de casi todos los templos de nuestra región y desde las columnas de Oratoria Sagrada, revista que él dirigió y costeó durante varios años: como escritor, en trabajos tan excelentes como el que dedicó al Santo Cristo de Limpias al poco de iniciarse los prodigios que han hecho célebre a esta imagen.....

Pero, principalmente para nosotros, Don Pedro Santiago Camporredondo merece un puesto preeminente en la serie de eclesiásticos beneméritos para la historia montañesa, por los escritos que publicó: unas veces en la prensa local, como la serie de artículos que dedicó, en El Diario Montañés, a defender la existencia de la subscrita de nuestro templo catedral, escrito que aunque no tuvieron confirmación en los trabajos realizados en la parroquia del Santísimo Cristo, sirvieron para dar notoriedad a fuentes y documentos valiosísimos para nuestra historia: y otras veces en estudios independientes, cual el informe que emitió en el año 1920 en el expediente que, a petición de D. Julian Fresno de la Calzada, abrió el Ayuntamiento de Santander para decidir si se debía o no variar el escudo de la Ciudad. Este trabajo de Don Pedro Santiago



Camporredondo es valiosísimo y basado todo él en documentos del Archivo de la Catedral de Santander, que el Sr. Camporredondo conocía como pocos los habrán conocido.

Con valer tanto como valen los escritos debidos a la pluma de D. Pedro Santiago Camporredondo, no fueron ellos los trabajos más meritorios que la historia de nuestra región debe a este docto prebendado. La labor más benemérita que en este orden realizó el Sr. Camporredondo fué la que desarrollo como canónigo Archivero del Ilmo. Cabildo Catedral de Santander. Esta riquísima colección de documentos, la más importante que existía en la Montaña y que, para desgracia nuestra, desapareció casi totalmente por la maldad y la estulticia de los rojos encontró en el Sr. Santiago Camporredondo el custodio ideal para su guarda; él la ordenó y catalogó sus documentos, dejando índices que hoy, desaparecidos los pergaminos y legajos, tienen un valor extraordinario y que con otros inventarios y registros servirán para que algún día el Centro de Estudios Montañeses publique el Catálogo de Documentos que constituyan dicho Archivo. Más aún, no satisfecho con trabajar él sobre los documentos y papeles susodichos, el Sr. Santiago Camporredondo procuraba que los conocieran todos los aficionados a estudios históricos facilitándoles el examen de los mismos cuanto pudiera desear el más exigente. Al Sr. Camporredondo se debe, ante todo, lo que podemos llamar régimen de apertura del archivo Catedral de Santander a los investigadores,

Tal fué Don Pedro Santiago Camporredondo: buen sacerdote, predicador de mucho renombre, historiador concienzudo, archivero modelo.....y montañés sumamente benemérito para nuestra tierra.

Para terminas, es natural que saquemos alguna conclusión de este recuerdo que hoy tributa el Centro de Estudios Montañeses a nuestros héroes.

La finalidad de los trabajos y estudios de este Centro puede sintetizarse en tres palabras: / Dios, España y la Montaña / . Pues bien, pa-



laborar siempre, dentro del radio de acción que corresponde a nuestro organismo por dichos ideales tenemos principalmente los motivos que nos suministran la excelencia de aquellos fines. Debemos investigar y escribir y trabajar ante todo porque Dios, España y la Montaña lo merecen; pero hoy, después de los ejemplos que al morir nos dejaron los miembros del Centro de Estudios Montañeses que hemos honrado, debemos trabajar también por nuestros grandes ideales, por respeto a la memoria de nuestros héroes. Porque, dictada por la conducta hidalga de nuestros mayores, cumplida a través de las edades de nuestra historia y sancionada por la conciencia colectiva de nuestra raza.

| Es ley de montañeses el ser leales |.

---